

# LA MADRE DE FAMILIA.

IMPRESION EN MADRID

REVISTA  
MORAL Y RELIGIOSA,

CON LA  
aprobacion eclesiástica,  
y bajo la direccion

DE  
**E. Lozano de Vilchez**

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO  
ES EL  
DE UN REAL AL MES,  
EL MÁS BARATO  
que se publica en España

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de letras del Giro mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pagos de periódicos, y que se expenden de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiriendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece

14 de Julio de 1878.

DIRECTORA, D.<sup>a</sup> ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Número 10.

## IMPORTANTE.

Rogamos á nuestros suscritores que nos dispensen el retraso involuntario con que hoy sale la Revista, asegurándoles que, ahora como siempre, sabremos cumplir religiosamente nuestros compromisos, y que al terminar el año quedarán los 48 nú-

meros en poder de los señores abonados. La numerosa suscripcion hecha, nos ha obligado á repetir muchos números y á hacer mayor la tirada: esta es la causa del atraso con que sale hoy *La Madre de Familia*, atraso que nosotros más que nadie anhelamos subsanar.



## SUMARIO.

La ciencia más cierta, por Mda. Matilde Bourdon.—  
 Á mi querida hija Esperanza, por don Juan Vega.—  
 Marina, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—  
 Nacimiento y muerte de un ángel, por doña María Hurtado.—Sección doctrinal, la senda del cielo, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR M. MATILDE BOURDON.

## I.

## INFANCIA DE MANUEL.

Los que enseñaren á muchos  
 el camino de la justicia, bri-  
 llarán como estrella en perpé-  
 tuas eternidades.

(*Epist. de Santiago.*)

Manuel era el tercero de los hijos de un colo-  
 no de Picardía; su madre murió al darle á luz; y  
 su padre, viéndole de una constitucion débil y  
 enfermiza, lo confió á una prima anciana, que le  
 prometió cuidar de él con maternal solicitud.  
 Jamás promesa alguna fué cumplida con mayor  
 fidelidad. Isabel no habia sido ni esposa ni ma-  
 dre, pues habia pasado los mejores años de su  
 vida en el seno de la comunidad fundada en  
 Amiens por la señorita Louvencourt; sin embar-  
 go, no se crea que fuese religiosa, novicia ó á  
 lo menos postulante: no, la buena Isabel, de  
 conformidad con los deseos del real Profeta,  
 ocupaba el último lugar en la casa del Señor:  
 era la sierva de las siervas de Dios; pero como  
 su alma era inclinada al bien, se habia aprove-  
 chado mucho de las buenas lecciones y ejemplos  
 que habia tenido á la vista, y, sin sospecharlo,  
 habia llegado á un alto grado de virtud y per-  
 feccion. Habiéndola arrojado la revolucion fran-  
 cesa de aquel piadoso asilo, se retiró á su pue-  
 blo natal, en donde vivia del producto de un  
 corto capital, y pasaba los dias entregada al tra-  
 bajo, á la oracion y á las buenas obras.

Como no vivia sino para Dios, se olvidaba com-  
 pletamente de sí misma, y pertenecía por ente-  
 ro á las personas que reclamaban sus servicios.  
 Era en aquellos aciagós dias en que los sacer-  
 dotes se veian obligados á ocultarse en casa de  
 algunos fieles amigos; Isabel iba animosamente  
 á buscarles, sin que la arredraran ni el frio, ni  
 la distancia, ni los peligros, y los conducía á la

cabecera del pobre agonizante que pedia un sa-  
 cerdote para recibir la absolucion de sus peca-  
 dos antes de morir; Isabel velaba noche y dia á  
 los enfermos y mendigaba por ellos en casa de  
 los ricos, á pesar de las repulsas que alguna  
 vez habia sufrido, á causa de sus caritativas  
 importunidades; Isabel sepultaba á los muertos  
 y oraba á su lado, mientras los *espíritus fuertes*  
 del lugar tenian miedo y huian de la proximidad  
 de un cadáver; Isabel reunia á los niños del  
 pueblo y les hablaba del único objeto que cono-  
 ció y amó en su vida: ¡de su Dios! y, al pronun-  
 ciar este nombre bendito, parecia que toda su  
 alma se asomaba á sus labios. Isabel, en fin,  
 procuraba reunir el domingo á las jóvenes del  
 lugar con el objeto de apartarlas de las malas  
 compañías: para entretenerlas y divertir las, se  
 esforzaba en traer á la memoria las piadosas le-  
 yendas, las curiosas historias que habia apren-  
 dido en el convento; entonaba los hermosos cán-  
 ticos que se cantaban en otro tiempo en su ama-  
 do retiro, y se complacia en oírlos repetir por  
 voces inocentes y candorosas.

En estas ocupaciones se deslizaba la existen-  
 cia de la humilde doncella, que pasaba la vida  
 haciendo bien. Isabel aceptó con gusto la propo-  
 sicion de su primo Merry, que le ofrecia un ni-  
 ño á quien educar, es decir, un nuevo sér á  
 quien amar y formar segun Dios, haciéndole  
 bueno y dichoso. Ella tuvo para Manuel un co-  
 razon de madre, y no creyó suficiente para cum-  
 plir con su mision mecerle en la cuna, lavarle,  
 cuidarle y velar sobre él en los años de la infan-  
 cia. *El hombre no vive de solo pan*; no basta des-  
 arrollar el cuerpo, fortalecerlo, hacerlo apto pa-  
 ra el trabajo, sufrido y capaz de resistir á la fa-  
 tiga: además de las fuerzas físicas existen en  
 nosotros otras facultades; tenemos una inteli-  
 gencia á la cual es preciso ilustrar, una volun-  
 tad á la cual es preciso dirigir, un corazon que  
 es preciso llenar, un alma, en fin, á la cual es  
 preciso señalar un objeto. Para realizar tan  
 grandes fines, Isabel no tenia sino una ciencia,  
 la del Catecismo; ella sabia que hemos sido cria-  
 dos para amar, adorar y servir á Dios; ella sabia  
 que para servirle es indispensable observar su  
 santa ley, y que al cumplimiento de este deber  
 está vinculada la promesa de una felicidad eter-  
 na. Á esto se reducía toda su ciencia; su único  
 código eran los Mandamientos de Dios y de la  
 Iglesia, objeto constante de sus meditaciones,  
 y puso el mayor cuidado en enseñarlos á su hijo  
 adoptivo.

«Observa esta ley, decíale á menudo, y serás  
 un buen cristiano y un hombre de bien. Dios no



nos pide cosas imposibles: tres cosas nos pide: primera, que nos abstengamos de cometer el mal; segunda, que le sirvamos con la práctica facilísima de sus Mandamientos y de los de la santa Iglesia; y tercera, que cumplamos con las obligaciones de nuestro estado porque así nos lo manda. Haciéndolo así, Manuel, vivirás en paz en la tierra, y despues gozarás de una dicha inefable, que con nada se puede comparar. ¡Cuán bueno es Dios! ¡Con cuánta largueza recompensa nuestras buenas intenciones y nuestros deseos de agradarle! No exige que seamos mártires, doctores, ó ermitaños, pero sí que le amemos y vivamos como personas honradas; esto basta para que merezcamos el paraíso. ¡El paraíso! piénsalo bien, Manuel; sé siempre buen muchacho y medita los Mandamientos.... Si los cumples fielmente en vida, ellos serán tu defensa en la hora del tremendo juicio.»

Así llegó Manuel á la edad de diez y ocho años con un alma pura en un cuerpo sano y robusto. Á la verdad, no poseía grandes conocimientos científicos segun el mundo, pero conocía el estado en que le habia colocado la Providencia y estaba contento con él; descansaba de las fatigas de agricultor con la lectura de buenos libros, y de este modo se perfeccionaba en el conocimiento de la Religion y en la práctica del amor de Dios y del prójimo. Isabel habia alcanzado el fin que se propusiera, el cual no habia sido otro que hacer de su alumno un devoto y laborioso labrador.

Dios la dejó vivir hasta aquí, dándole el consuelo de ver los opimos frutos de sus desvelos y afanes; pero entonces, gastada por los trabajos y consumida por el fuego de la caridad, Isabel murió en los brazos de su hijo adoptivo, llena de alegría porque podia partir de este mundo, é ir á encontrar en el cielo á aquel Dios á quien con tanta fidelidad habia servido en la tierra.

(Continuará.)

M. MATILDE BOURDON.

### Á MI QUERIDA HIJA ESPERANZA,

MUERTA EL 4 DE AGOSTO DE 1878.

*Deus dedit, Deus abstulit*  
BENEDICTUS SIT NOMINE DOMINI.

Escuchad como tocan  
Esas campanas.....  
Como si fuera fiesta,

Y aun así el alma  
No sé que tiene  
Que á sus ecos no goza,  
Solo padece.

—  
¿Qué dicen esos ecos  
Que el ancho espacio  
Cruzan: y no me alegran  
Cual de ordinario?  
¿Por qué mi pena  
Si oigo que las campanas  
Tocan á fiesta?

—  
¿Por qué, corazón mio,  
Cual otros días  
No gozas al oirlas?  
¿Y tu alegría?  
¿Por qué enmudeces  
Y tu gozo no muestras  
Cual otras veces?

—  
¿Y por qué mis mejillas  
Se hallan regadas  
Por lágrimas: si á gloria  
Hoy las campanas  
Alegres tocan?  
¿Por qué ayes de mi alma  
Lanza mi boca?

—  
¿Por qué...? porque esos ecos  
Están diciendo  
Que un ángel subió al cielo,  
Que un niño ha muerto.  
Por eso mi alma  
Pena: porque ese ángel  
Es mi Esperanza.

—  
Ese arcángel que ha muerto  
Era mi vida:  
En mi pena, el consuelo;  
Mas hoy mi niña  
Como ángel era,  
Voló al cielo: en mi alma  
Dejando pena.

—  
Ella goza por siempre  
De gran ventura:  
Yo viviré en el suelo  
Con amargura,  
Solo quebranto  
Tengo por Esperanza  
Y amargo llanto.



Ya no verán mis ojos  
La dulce risa  
Que al verme me lanzaba  
Mi pobre hija,  
Y solo lágrimas  
Surcarán mis mejillas  
Por mi Esperanza.

Dios me la había dado  
Para mi dicha;  
Y Dios me la ha quitado,  
¡Suya es la vida.  
Dios se la lleva,  
De Dios bendito el nombre  
Mil veces sea!

Y tú, Esperanza mía  
Que de la Virgen  
Te hallas bajo el amparo  
Á ella le pide,  
Ruega á esa Madre  
Que proteja en la tierra,  
Guarde á tus padres.

Y cuando al juicio eterno  
Llamados sean,  
Pide á Dios que en el cielo,  
Hija, te vean.  
Que aquí entretanto  
Verterán por tu muerte  
Raudal de llanto.

JUAN VEGA.

Villagarcía de Campos, 8 de Agosto de 1878.

Con sentimiento anunciamos á los señores que aun no hayan abonado los años anteriores, que nos veremos obligados á suspender el periódico siempre que no efectúen el pago en un plazo breve.

## LA FLOR DEL CIELO,

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

—La madre de Marina vive todavía; y si el amor de esa niña y el deseo de asegurar su nombre y su porvenir no sellaran sus labios, ya se hubiera presentado á reclamar sus derechos.

—Derechos que no puede probar. Derechos que consumieron las llamas, al devorar la pequeña iglesia de una aldea.

—En aquella aldea conocí á Margarita, cuando era un niño, y ciego con su hermosura, y enloquecido con su virtud, á fuerza de oro conseguí hacerla mi esposa, en medio del mas profundo secreto.

—Calaveradas de la juventud para las cuales es inútil el arrepentimiento. Por fortuna, y antes de que aquel hecho se hiciera público, el archivo de la iglesia desapareció una noche consumido por el fuego de la tea revolucionaria, y el pobre viejo que había autorizado aquel enlace desigual, murió, no sé si del susto, ó del pesar de ver destruida su parroquia, quedando, por lo tanto, sin pruebas y sin testigos aquel malaventurado matrimonio.

—Tienes razon, murmuró Alberto, aquella página de mi vida quedó borrada enteramente. Sin embargo, Margarita vive, ya te lo he dicho, y...

—Bah! piensas ahora hacerte escrupuloso y tímido, cuando se puede adquirir un porvenir brillante con solo...

—No quiero ligarme á ninguna mujer; vivo feliz con mi libertad, ya lo sabes, y por nada del mundo renunciaria á ella.

—Y si yo te lo ordenase?

—Padre, dejémonos de escenas trágicas. Ni tú te empeñarias en ese absurdo, ni yo podria obedecerte.

—Un padre...!

—Un padre debe dar buen ejemplo á sus hijos, exclamó Alberto con voz reconcentrada y sombría, y no puede nunca presentarse ante sus ojos ostentando cínicamente á su vista la mancha de una culpa!

—¿Qué quieres decir? exclamó el Baron mirando á su hijo con expresion terrible.

—Perdona, padre, respondió Alberto dominándose con trabajo. Quiero decir solo, que jamás sabrá Marina que soy tan malvado que despues de hacer desgraciada á su madre, mancho su nombre y la arrebató sus derechos.



—¿Piensas acaso reconocerlos algún día?

—No sé! pero muchas veces al ver á esa niña tan pura, tan bondadosa, tan inocente, siento en mi corazón algo extraño y desconocido, y hasta dudo si yo la honraria á ella al darla públicamente el nombre de hija, ó seria yo el honrado con que su labio me digera padre.

El Baron quedó á su vez pensativo, y luego murmuró:

—Tienes razón! si existen ángeles sobre la tierra, Marina es un ángel que podría llenar de orgullo al padre más exigente. Pero su madre... su madre pertenece á una clase pobre que hubiera empañado nuestros blasones con lo oscuro de su linaje. Oh! si no hubieras sido un niño, si después no te hubiera visto lamentar como yo aquella locura de la juventud, jamás te hubiera perdonado, abandonándote y despreciándote y avergonzándome de ti.

—Oh!

—Pero todo ha podido remediarse en parte, y nadie ha llegado á saber...

—Margarita ha cumplido fielmente su palabra: ha permanecido lejos de nosotros, cediendo á todo con tal de que su hija viva á mi lado y ocupe un puesto en esta casa.

—Y qué iba á hacer? Harto le hemos concedido. Sin existir tu partida de casamiento, nada podía probar.

—Ella tiene cartas mías, tiene además el acta de donación de una parte de mis bienes en favor de Marina, y con todo eso....

—Hubiera podido entablar un pleito que, pobre y sola, siempre hubiera perdido, dándole por resultado cuando más un poco de escándalo y una posición bien equívoca para ella y su hija. Desengáñate; donde no hay pruebas nada puede hacerse, y tú con un poco de audacia podías rehabilitar nuestra fortuna. Alberto, el oro es el rey del mundo; el oro es la felicidad!

—Sin embargo, jamás me resolveré á lo que proyectas. Viviré libre, y... ¿quién sabe? Tal vez por otros medios venga la suerte á buscarnos. Entretanto no volvamos á hablar de esto, yo te lo ruego.

—Es que....

—Tú tienes tus ideas, yo las mías, vivamos cada cual á su modo.

El Baron se agitó impaciente en su asiento, y Alberto desentendiéndose de aquellos presagios de tempestad dió algunos pasos disponiéndose á marchar.

—¿Te vas? preguntó entonces el anciano.

—Sí; me esperan en el club y ya es hora.

—Yo no podré salir esta noche! exclamó el

anciano con una mezcla dolorosa de ira y de pesar.

—¿Por qué? preguntó su hijo con tono indiferente.

—Porque me siento mal: la gota me atormenta horriblemente.

—Llama al Doctor Navarro, cuidate; que los criados hagan cuanto el médico ordene.

—Pero solo!

—No debes de avisarle esta noche, continuó Alberto como si no hubiese oído la última exclamación de su padre: no debes de avisarle. Pero... añadió consultando su magnífico reloj. ¡Qué cabeza la mía! me estarán aguardando hace media hora algunos amigos con quienes quedé citado para jugar una partida de Ecarté; hasta luego, pues, ó hasta mañana, porque al salir del teatro será probable que me detenga en el casino.

Y aquel hombre, sin aguardar respuesta del anciano, se alejó de su lado, frío, indiferente, sin pensar siquiera en que le había dicho que sufría.

El Baron permaneció algún tiempo mudo é inmóvil como la sombra que los árboles proyectaban en torno. Su cabeza se inclinó sobre el pecho y pareció entregarse á mil profundos pensamientos que nos sería imposible adivinar.

Acaso pensaba en la ingratitud de aquel hijo que se alejaba de su lado cuando le veía padecer. Acaso meditaba en la tristeza de la vejez, en la soledad del alma que le cercaba por todos lados; en el vacío de la tumba que ya empezaba á entreabrirse á sus pies y cuyo fondo le espantaba! Quién sabe! Quizá también recordaba las palabras que poco antes había oído á Marina, al tratar de la eternidad. Tal vez aquel sencillo *¿si fuera verdad?* resonaba en sus oídos agitando su corazón.

¡Mucho tiempo pasó el Baron en aquel sitio y abstraído de este modo!

La brisa de la noche se había tornado ya demasiado fresca, y el anciano empezaba á sentir un malestar que le sacó de sus reflexiones.

Quiso levantarse y se encontró sin fuerzas. El bastón que le servía de apoyo había rodado sin duda lejos, pues no se hallaba al alcance de su mano.

Llamó á sus criados que acaso no le oyeron, ó no calcularon que estaba allí; lo cierto es que ninguno acudió á su llamamiento.

Entonces una desesperación sorda y profunda se apoderó de aquel impotente anciano: desesperación mas horrorosa, cuanto menos acostumbrado á sufrir se hallaba y cuanto menos esperanzas ni consuelos encontraba en torno, des-



conociendo por completo las dulzuras y las recompensas, y las promesas de la fe.

De pronto una mano pequeña y ligera se apoyó en su hombro, y una voz suave y amorosa murmuró á su lado estas palabras:

—El frio y la humedad de la noche pueden hacerle á V. mucho mal: ¿quiere V. que dejemos ya el jardín y entremos en la casa?

—Marina! exclamó el Baron reconociendo á la niña. Marina, donde estabas? ¿No te retirastes cuando llegó mi hijo? ¿Has oido por acaso nuestra conversacion?

—Yo! no, señor. Pero como desde mi ventana ví que se alejaba Alberto, creí que V. tambien le seguiria y esperé para verle pasar, y advertir a Juan el cochero que pusiese un abrigo en el carruaje, por si V. se retiraba tarde.

—Ah! exclamó el anciano con expresion indefinible, te has cuidado tú de eso?

—Sí, señor; todos los dias doy esa orden, respondió Marina con sencillez.

El Baron exhaló un suspiro.

La niña continuó.

—Viendo que V. no llegaba, supuse si aun permanecería aquí, y vine corriendo, de lo cual bendigo á la suerte, pues no me habia equivocado.

—No: y te agradezco tu cuidado, niña, pues habia llamado sin que acudiese ningun criado para darme el brazo.

—Pues bien: apóyese V. en el mio, y alejémonos pronto de aquí.

El Baron tomó la mano de la jóven, y poco despues penetraban en el interior de la casa.

Al cruzar por el senador encontraron al ayuda de cámara y á algunos criados mas.

Uno de ellos se adelantó á tomar órdenes, y preguntó si el Sr. Baron iba á salir aquella noche.

—No, respondió este sècamente: no... esta noche es imposible: tengo que quedarme en casa.

—¿No saldrá V? preguntó Marina tímidamente.

—Me siento mal, y prefiero quedarme aunque pase una noche detestable, pues sé que voy á aburrirme soberanamente.

Marina calló, pero cuando llegaron á la puerta del gabinete del anciano, le preguntó con una voz tan sumisa y suave que en vano trataríamos de explicar.

—¿Me permite que me quede á su lado algunos minutos? Solo se encontrará V. tan mal!

La mirada tímida y suplicante y la dulcísima sonrisa con que la jóven acompañó estas palabras, detuvieron el rudo *no* que ya estaba pró-

ximo á brotar de los labios del anciano, que contestó con menos dureza que otras veces:

—Haz lo que quieras: si te empeñas nos aburriremos los dos.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

A MI DISTINGUIDA AMIGA

LA SEÑORA

D.<sup>a</sup> CIRCUNCISION PUEYO DE PEREZ.

Nacimiento y muerte de un ángel.

Hermosa y luciente aurora,  
Blanca y suave y vaporosa,  
Entre celajes de rosa,  
El horizonte cubrió,  
Y entre sus velos nevados  
Rizados con gran finura,  
Un alma inocente y pura  
La azul esfera cruzó.

Un lecho de bellas flores  
Velaba la blanca bruma  
Cual la temblorosa espuma  
Que recorre el ancho mar,  
Y en él con sueño tranquilo  
Dormia el sér inocente  
Que de un corazon doliente  
Iba la pena á templar.

Era un ángel amoroso  
De blanco y nítido cuello,  
De fino y blondó cabello  
Y mejillas de coral,  
Ángel que llega á la tierra  
Mecido entre blando vuelo  
Cual faro que desde el cielo  
Vierte fulgor virginal.

Una lágrima preciosa  
Que brota de su pupila,  
Entre su parpado oscila  
Cual la gota de cristal,  
Y es del dolor la primicia  
Tributo del sér que nace  
Y que en apenado enlace  
Le liga al duelo fatal.



Mas ¡ay! que apenas su planta  
Pisa el azaroso suelo  
Cuando despliega su vuelo  
Y al Cielo vuelve á volar  
Y es que no quiere del mundo  
La falaz dicha mentida  
Ni quiere gozar su vida  
Ni sus desdichas llorar.

—Mas no ves que al alejarte  
Ángel, á tu madre dejas  
Exhalando amargas quejas  
Y envuelta entre hondo penar?  
¿No la quieres?—Sí la quiero.  
—Pues vuelve y su tierna pena  
Alivia, con tu serena  
Sonrisa y suave mirar.

—Dile que volver no puedo,  
Pero que su afecto santo  
Existe con dulce encanto  
En mi mente juvenil:  
Dile que la quiero mucho;  
Que desde el Cielo la miro  
Y que mi tierno suspiro  
Le envío entre besos mil.

Dile que en sùlio de perlas  
Y entre suaves resplandores  
Canto de Dios los amores  
Y de la Estrella del Mar:  
Dile que aquí no hay pesares  
Ni lágrimas dolorosas,  
Y que duermo entre las rosas  
De Salem sin marchitar.

Dile que nunca la olvido  
Y que mi tierno consuelo  
Se desprenderá del Cielo  
Yendo siempre de ella en pos,  
Y que mi santa alegría  
Y mi gloria y mi ventura  
Templen su cruel amargura:  
Díselo y adios—Adios!

MARÍA HURTADO.

(Munilla, 15 de Junio.)

## SECCION DOCTRINAL.

### LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Aunque sean malos! respondió la Marquesa tristemente; porque sobre el hombre está el sacerdote, como sobre el sacerdote está Dios!

Y ahora que sabéis que en todos los negocios y árdnas cuestiones debemos recurrir á la autoridad de nuestro confesor ó nuestro director, para no exponernos á obrar mal, id, hijos míos, id á dormir con la paz de vuestra inocencia y con la seguridad de que los ángeles velan vuestro sueño.

Adolfo y Julieta besaron la mano de la Marquesa que les bendijo fervorosamente y que les colmó de caricias antes de que se alejaran.

La noble señora, que siempre y en todas las circunstancias estaba dispuesta á enseñar el bien, no había perdido la ocasión de mostrar á aquellas criaturas el respeto y la consideración y el prestigio de que debemos rodear á los ministros del Señor.

Satisfecha, pues, de sí misma, como lo está siempre el que cumple con su deber, se levantó para dirigirse á su dormitorio un poco preocupada con la carta que tenía entre sus dedos, y sin dejar de repetir:

—Sí, es preciso que aclaremos este misterio, porque un misterio es ciertamente lo que se encierra en este papel.

En la tarde del siguiente día esperaba á la Marquesa de la Fe una sorpresa bien inesperada, cuando apoyada en el brazo de Julieta se presentó en la galería donde ya la aguardaban sus oyentes de la tarde anterior.

Dos ó tres personas más se hallaban allí, atraídas quizá por un buen deseo, quizá también por un sentimiento de curiosidad, vicio tan común y tan inherente á nuestra naturaleza.

La anciana, con su aire noble, reposado y dulce, saludó sonriendo á sus amigos, y dijo con su acento simpático y bondadoso.

—Veo con gusto que ninguno falta á la cita, mas aun, que se aumenta el número de nuestros tertulianos, si tertulias pueden llamarse estas modestas reuniones en que olvidándonos de los asuntos de la tierra nos ocupamos únicamente de las cosas del cielo.

—V. E. ha de perdonar, señora, dijo adelantándose respetuosamente un hombre cuyo aspecto demostraba al labrador bien acomodado. V. E. ha de perdonar si he querido que mi hija Rosita venga á la quinta también. Mi hija es una joven modesta y buena, quiere mucho á V. E. sin conocerla casi, porque sabe que todos la llaman en el pueblo la madre de los pobres, y al oír que se dignaba dar algunas lecciones á sus nietos y á sus criados, me ha rogado que la traiga, ya que casualmente estamos una temporada en la aldea. Nosotros dependemos de la señora Marquesa también, puesto que soy el arrendatario del cortijo de los Nogales, distante cuatro leguas de aquí.

—Ah! es V....

—Felipe Benabente, señora, un humilde servidor de V. E.



Al es- cuchar aquel nombre una exclamacion mal contenida brotó de los labios de un hombre que estaba colocado en el extremo de la galería y próximo al sitio que la Marquesa debia ocupar.

Aquel hombre era Lorenzo.

Por un movimiento involuntario se puso de pié como movido por un resorte, y con voz sorda, opaca y extraña murmuró, llevando una mano al corazon como si hubiera sentido en él un golpe violento.

—Felipe! él!

Anita, que se habia constituido en protectora del mendigo y se hallaba junto á él, adivinó que algo extraño pasaba en su alma, pues habia oido su exclamacion, y le dijo muy bajo y con dulcísimo interés:

—¿Conoce V. á ese hombre?

—Calla, niña, murmuró el anciano, calla y no digas que me le has oido nombrar.

Ana obedeció, pero su mirada no se separó desde entonces del rostro del arrendador del cortijo de los Nogales.

Por lo demás, nadie se apercibió de aquel hecho tan rápido como imprevisto.

La Marquesa entretanto se habia dirigido á su antiguo sillón, despues de dirigir algunas palabras cariñosas á Rosita que era una bellissima jóven de aspecto sencillo y de rostro inteligente.

La noble señora la señaló un asiento cerca de Ana, que ella fué á ocupar llena de satisfaccion.

Entonces sucedió una cosa bien extraña por cierto.

Felipe, que con mirada indiferente seguia á su hija, se estremeció de pronto, tornándose su semblante pálido y descompuesto como un cadáver.

Era que mirando á la jóven, sus ojos habian tropezado con Lorenzo, y su vista habia producido en él un efecto tan rápido como terrible.

Su primer movimiento al reconocer á aquel hombre fué de huir, de salir precipitadamente de aquel lugar; pero la Marquesa, que nada adivinaba de cuanto pasaba en su alma,

—Siéntese V., le dijo; yo me alegro de que haya venido, pues esto me da una buena idea de su honradez y de su bondad: y puesto que ha solicitado el permiso de asistir á estas pequeñas conferencias, yo se lo doy y le cuento con gusto desde ahora en el número de mis oyentes.

Felipe quedó clavado en su puesto sin atreverse á replicar, pero era evidente que se hallaba turbado y violento.

—Ana, esta tarde te toca á tí el responder á mi pregunta, añadió la anciana, bien lejos de sospechar los encontrados sentimientos que se agitaban en torno suyo. Dime, ¿cual es el segundo de los Mandamientos que por la ley de Dios estamos obligados á guardar?

—El segundo es no jurar, murmuró tímidamente Ana.

—Has contestado bien, pero ahora falta saber cómo entiendes tú el juramento.

—Yo....

—Veo que dudas, y voy á sacarte de ese apuro. Muchos hay que confunden el voto, el juramento y la blasfemia, y yo debo explicaros que no solamente son distintos, sino que existen tambien diferentes clases de votos y de juramentos; unos que sirven para enaltecer el nombre de Dios, y otros que le ultrajan horriblemente.

Todos permanecieron silenciosos y prestando gran atencion.

—Ya sabeis, amigos míos, continuó la Marquesa despues de un instante de pausa, que en nuestras conversaciones anteriores os he manifestado que Dios quiere las primicias de nuestro corazon, puesto que en el primero de sus Mandamientos nos impone el deber de amarle sobre todas las cosas. Ahora bien; el que quiere ser amado, claro es que quiere ser honrado tambien, pues una de las pruebas más evidentes del amor, es el enaltecer y rendir público homenaje á la persona que se ama.

He aquí por qué al precepto de amarle se siguió inmediatamente el de *No jurar su santo nombre en vano*.

El juramento, pues, bien hecho y con todas las condiciones que una cosa tan solemne requiere, no es malo, no; antes bien, es un medio de honrar á Dios, y probarle nuestro respeto, pues la justicia humana, que no quedaria satisfecha con la simple palabra del hombre, inclina su balanza y apoya sus fallos en el juramento que hace el cristiano, invocando el nombre del Señor, y poniendo las manos sobre los Santos Evangelios.

Con esto, amigos míos, probamos dos cosas; la primera que al tomar á Dios por testigo, reconocemos que Él lo sabe todo, que es la verdad suma, el árbitro supremo, y que jamás puede engañarse ni engañarnos. Segunda, que tenemos en más su nombre que todas las promesas y veracidad de los hombres, puesto que para todas las grandes cosas y en todas las situaciones complicadas, en los actos todos que interesan de un modo supremo á la sociedad ó al individuo, la duda desaparece, la incertidumbre termina, y acaba la desconfianza en el instante en que invocando el nombre de Dios se hace el juramento de decir verdad!

—Tiene V. E. razon, señora, murmuró José aprovechando un instante en que la anciana habia callado para tomar un poco de descanso: tiene V. E. razon. Dígalo si no el hijo de la pobre María Teresa nuestra vecina, que á poco se queda sin toda su hacienda por no sé qué tramoya que promovió el cirujano, á quien habia vendido algunas tierras. Pero el señor Alcalde nos llamó, á algunos otros vecinos y á mí, que habíamos sido testigos de la venta, y nos hizo jurar sobre los Evangelios y poniendo la cruz que diríamos la verdad. Así lo hicimos. ¡Quién habia de pensar otra cosa! Y lo cierto es que por nuestro dicho, el pobre muchacho no ha tenido que sentir y el cirujano no se ha logrado con su mal propósito.

—Ved ahí, pues, como es bueno el juramento siempre que le hagamos con verdad, y con buena intencion, dijo la Marquesa.

—Oh! mire V. E.: y yo creia que siempre era mal hecho, exclamó el ama de llaves, y me escandalizaba al escuchar á muchos, que á cada paso juran y perjuran por lo más segrado. Ya sé que....

—Poco á poco, Petra, y aclaremos como se debe esta cuestion. Para ello yo la ruego que repita las palabras de Ana cuando nos ha dicho el segundo mandamiento.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.